

Prefacio

Las alforjas de mi burro

Hace mucho tiempo, un campesino llamado Faustino viajó del campo a la ciudad para visitar una feria de ganado. Le habían dicho que allí podría comprar un burro por 2.000 pesetas, con el que reemplazaría al buen *Platero*, que acababa de morir después de prestarle excelentes servicios durante años.

De regreso de la feria, mientras caminaba llevando al nuevo cuadrúpedo cogido por el ronzal, se encontró con su amigo Torcuato, al que comentó la preocupación que le iba carcomiendo desde que inició el trayecto de vuelta:

—¿Cómo es posible que me haya gastado cuatro mil pesetas en el burro? ¡Exactamente el doble de lo que había previsto! —le dijo, reflexionando en voz alta.

—Ah, pero ¿el burro no te ha costado dos mil pesetas? —se sorprendió Torcuato.

—Sí, el burro sí, pero el vendedor me ha dicho que, ya que me lo quedaba, por lo menos debía comprarle unas alforjas. Un burro sin alforjas no vale nada. ¿Cómo va a transportar la carga?

—Me parece lógico —apuntó Torcuato.

—A mí también —asintió Faustino—. Por eso las compré. Me costaron quinientas pesetas más.

—Dos mil más quinientas no suman cuatro mil —esgrimió acertadamente Torcuato.

—Es que después el vendedor me ha hecho ver que también necesitaría un ronزال para llevarlo, una silla para montarlo, un saco de pienso para darle de comer, unas campanillas para adornarlo en los días de fiesta...

—¡Para, para, que me mareo! —cortó Torcuato—. ¿Todo eso hace falta para un burro?

—Pues parece que sí.

—¿Así que al final has comprado todos esos *accesorios*?

—Sí —admitió Faustino—. Y menos mal que sólo llevaba 4.000 pesetas encima. Cuando se me ha acabado el dinero ya no he podido comprar más cosas para el burro.

—O sea, que al final te ha costado el doble de lo que pensabas.

—Exacto.

—Pero supongo que al menos vuelves contento con todo lo que tienes, ¿no?

—Sí, pero si alguien me hubiera dicho que me iba a costar cuatro mil, me lo hubiera pensado dos veces. dos mil me parecía un buen precio, pero cuatro mil me parece demasiado. La próxima vez seré más cauto y pensaré también en las *alforjas* que acompañan a cualquier cosa que compre.

—Por cierto —se interesó Torcuato—, ¿le has puesto ya nombre al animal?

—Sí. Lo voy a llamar *Alf*.

La historia que leerán a continuación trata de los efectos colaterales, normalmente no previstos, que conlleva cualquier decisión que se tome, ya sea a nivel individual como a nivel de organizaciones o empresas. Esas son las alforjas que acompañan al burro. Los protagonistas de la historia son animales muy humanizados o, vistos desde otra perspectiva, tal vez se traten de humanos que simplemente hacen animaladas.

1

Animal Factory

Sucedió hace no mucho tiempo en un valle muy, muy cercano, llamado Vallserena. Allí había una granja productiva conocida como Animal Factory cuyos propietarios, hartos de intentar sin éxito que fuera un negocio rentable, la habían reconvertido en una granja turística y zoológica, para lo cual trajeron animales de todo tipo que convivían en una inusual armonía. Sin embargo, tampoco lograron rentabilizar la nueva idea y un buen día se marcharon a la ciudad, abandonando el lugar y a los animales que lo habitaban. Ese mismo día, todos los animales de la granja celebraron con júbilo la liberación que suponía no tener que depender de nadie ni sufrir a unos opresores que los esclavizaban para aprovecharse de su trabajo y de sus frutos. Cada uno sintió aquella libertad a su manera: el buey pensó que ya no tendría que labrar los campos, la gallina decidió que pondría huevos cuando le diera la gana y los cerdos creyeron que nunca más sufrirían cuando se acercara la fiesta de San Martín, una fiesta que, como es lógico, les parecía horrenda, pues los humanos no dejaban de ellos ni las orejas. Así pues, todos los animales parecían felices con la nueva situación y se lanzaron a celebrarlo sin pensar en el futuro.

Pero pasados unos días empezaron los problemas, que llegaron en forma de hambre, inseguridad y desorden. Hambre porque se acabaron las provisiones de pienso de los silos, lo que les permitió descubrir una verdad elemental pero en la que

no habían reparado hasta entonces: el hombre los esclavizaba, pero también les daba de comer todos los días, y a algunos en abundancia. También el agua dejó de brotar como por arte de magia de las tuberías (se había vaciado el depósito), por lo que tenían que ir continuamente al río para beber y lavarse.

Inseguridad porque la luz eléctrica dejó de funcionar (algún espabilado comentó que era debido a un recibo devuelto), y aunque recuperaron el viejo sistema de encender antorchas, la luz era tan escasa que de noche entraban alimañas y depredadores. Debido a la falta de vigilancia («casa sin dueño mala es de guardar»), empezaron a invadir la granja los animales salvajes del bosque: los lobos entraban y mataban ovejas, algún buitre aparecía y se llevaba un lechón, los zorros se comían las lechugas... Y así se fue instalando el *animal*, *animali lupus* («el animal es un lobo para el animal»), con su correspondiente carga de tensión: los animales de la granja empezaron a encerrarse por la noche, cada uno en su establo, y a armarse con palos y piedras para defenderse. Las crías, contagiadas por el temor de sus mayores, tenían pesadillas cada noche y se despertaban llorando y gritando.

Así comenzó a reinar el desorden y el caos por todas partes, pues a los baches que dejaban los topes, que hacían sus madrigueras donde les apetecía, se añadía la porquería esparcida por doquier. No funcionaban las letrinas y los animales dejaban sus desperdicios sin reciclar en cualquier sitio. Además, los accidentes y encontronazos eran frecuentes, ya que unos y otros circulaban por los caminos sin respetar ninguna señal ni prohibición.

—Sí que estamos mal —pensó el Búho al oír quejarse a otros animales de que aquello era un desastre.

Animal Factory

Analizando la situación se dio cuenta de que la supuesta buena vida que les esperaba sin amo ni obligaciones había durado poco. Después de unos días en los que todos se dedicaban a jugar, retozar y divertirse, empezaron a darse cuenta de que los humanos hacían algo fundamental: trabajar. Trabajar para darles de comer, trabajar para organizar las cosas, trabajar para que todo funcionase.

Lo que más preocupaba al Búho era que casi todos coincidían en la misma conclusión: «O aquí vuelve el hombre o no hay nada que hacer. Somos lo que somos, unos animales.»

—Y pensar que hace poco —comentó el Búho a la Lechuza— celebrábamos con júbilo la marcha del último opresor... Y ahora, apenas unos meses después, ya estamos suspirando por los viejos tiempos. Con razón dicen que «cualquier tiempo pasado fue mejor».

—Parecemos el pueblo judío deambulando por el desierto con Moisés al frente —dijo la Lechuza, recordando pasajes de historia bíblica que el Búho, en su calidad de gran maestro, les había enseñado en la *Animal School*.

—No podemos rendirnos tan pronto —intervino el Gato, que rondaba por allí pensativo—. Hay que hacer algo.

El Búho y la Lechuza le miraron sorprendidos.

—¿Tienes alguna idea? —preguntaron al unísono.

—No. El sabio eres tú —dijo sonriente el Gato mirando al Búho.

—Es verdad, Búho —confirmó la Lechuza—. Tienes que pensar algo para sacarnos del atolladero.

—Se me ha ocurrido una cosa, pero no sé si funcionará —musitó el Búho para sí mismo mientras se acariciaba la barbilla—. Es muy arriesgado.

—¡Si no lo probamos seguro que no funcionará! —ex-

clamó con simplicidad la Lechuza, que en su momento había sido una de las alumnas más aventajadas del Búho.

—¿Por dónde empezamos? —se animó el Gato, impulsivo como siempre, mientras se incorporaba demostrando sus ganas de actuar.

El Búho lo miró y finalmente se decidió:

—Convoca una Asamblea General en el Establo Central, mañana a las 11:00.

—¿Orden del día? —quiso saber la Lechuza.

—*Quo Vadis* Animal Factory —respondió con solemnidad el Búho.

A diferencia de otras granjas, en Animal Factory casi todos sabían leer y escribir, sabían lógica y matemáticas, historia y geografía, nuevas tecnologías (que explicaba la Lechuza porque al Búho le habían cogido algo mayor), e incluso algo de latín, lo suficiente para saber que *quo vadis* significaba «¿a dónde vas?».

2

La asamblea

Preocupados como estaban por el caos reinante en Animal Factory, el Establo Central se llenó a rebotar con todos los moradores de la granja. Subidos en una tarima se encontraban el Búho y su ayudante, la Lechuza. Como todos respetaban al maestro, a una señal de éste se hizo el silencio, como cuando asistían a clase. Entonces el Búho empezó a hablar:

—Tenemos un grave problema en Animal Factory —comenzó diciendo.

Todos asintieron y de diferentes puntos del Establo Central llegaban voces que clamaban: ¡Alimentos! ¡Seguridad! ¡Orden!

—¡Ya no sé qué dar de comer a mis crías! —concretó quejoso el Pelicano.

—Y yo no puedo dejar salir a los terneros cuando anochece —dijo la Vaca.

—¡Como alguien no haga algo, yo me largo! —exclamó por su parte el perro San Bernardo—. Esto es un asco en todos los sentidos. Me marcho al monte a proteger a excursionistas perdidos. Por lo menos allí serviré para algo.

—Es cierto —confirmó el Gato—. Antes sabíamos lo que había que hacer y cómo funcionaban las cosas. Sabíamos para qué servíamos.

El Búho les dejó que se quejaran durante un rato para confirmar el estado de la *nación*, consciente también de que

cuanto más se quejaban más cuenta se darían de la necesidad de un remedio contundente. De pronto, la Hiena, que se había aclimatado a convivir con animales de granja, alzó su voz sobre la del resto y se dirigió a él:

—¿Y qué plan tienes para que todo vuelva a funcionar?, ¿que vuelvan los hombres?

Nadie protestó, pues la Hiena estaba diciendo lo que todos pensaban y ninguno se atrevía a decir. Por primera vez desde que comenzara la Asamblea se hizo un silencio total, hasta las crías dejaron de llorar. Y es que el futuro de todos estaba a punto de decidirse.

—Creo que hay una solución previa —arrancó a decir el Búho—. Si funciona no hará falta que vuelvan los hombres. —Se incorporó para dar más énfasis a sus palabras—: ¡Somos animales, pero no bestias! ¡Somos capaces de trabajar y hacer las cosas bien!

El tono del Búho se fue elevando a medida que gritaba estas palabras, convencido como estaba de ellas. Por la expresión de felicidad que empezó a ver en algunos animales supo que también ellos creían en sí mismos.

—¡Somos capaces de funcionar igual o incluso mejor que los hombres! —se animó el Búho—. ¡Pero para conseguirlo tenemos que organizarnos!

—¿Y cómo lo vamos a hacer si hasta ahora no hemos sido capaces? —preguntó el Toro, siempre escéptico y negativo—. ¿Qué va a cambiar?

—Es una cuestión de orden. ¿Recordáis *La Guerra de las Galias*, de Julio César?

—*Gallia est omnia divisa in pars tres* —recitó la estudiosa Lechuza.

—¿Y qué tiene que ver el César en todo esto? —protestó

La asamblea

el Gato, que a veces iba de listillo—. Dale a los animales lo que es suyo y al César lo que es del César.

Desoyendo este comentario, el Búho prosiguió:

—He pensado que la solución para que Animal Factory funcione es nombrar un Consejo Animal que la dirija.

—¿Y eso qué es? ¿Y para qué sirve? —inquirió la Cigüeña.

—El Consejo Animal dirigirá Animal Factory en todos los aspectos: ejecutivo, legislativo y judicial —recalcó pomposamente el Búho.

—Me suena a la Revolución Francesa —musitó el Gato—. Espero que no me corten el pescuezo.

—¿Y quién estará en el Consejo? —preguntó el Toro, viendo que la cosa iba en serio.

—Lo presidirá el burro Nakio.

En ese momento se hizo otro gran silencio y todos buscaron con la mirada al burro Nakio, que no había abierto la boca y permanecía sentado tranquilamente en la penúltima fila. La extrañeza y la perplejidad se adueñaron de la Asamblea.

—¿Por qué él? —preguntó el Toro.

—Eso, ¿por qué yo? —preguntó Nakio, que tampoco estaba seguro de qué iba toda esa historia y estaba pensando para sus adentros: «A mí no se me ha perdido nada en este entierro. Que no me líen, que yo estoy feliz dando vueltas a la noria, con la cual extraigo el agua del pozo que luego corre por los canalones y riega los campos, que dan frutos y flores por doquier y lozanía al huerto.»

—¡Pues porque es el animal que está más preparado y mejor puede hacerlo! —respondió con contundencia el Búho, previendo que debía cortar de raíz la animadversión que siempre suscita que alguien mande a los demás.

—No tiene experiencia —protestó de nuevo el Toro.

—Es demasiado joven — añadió la Nutria.

—No sabe de gestión de negocios, sólo de dar vueltas a la noria —completó el Zorro.

El Búho, sabio como era, dejó que fueran poniendo pegas para rebatirlas todas de golpe. Después de escuchar a todos, dijo:

—Lo he escogido a él porque tiene lo que hay que tener —resumió con este comentario que suscitó algún rumor pícaro—. Quiero decir que es listo, uno de los mejores alumnos que he tenido, y posee visión global, algo fundamental para dirigir una organización. También es humilde, sabe lo que sabe y lo que no sabe, es consciente de sus limitaciones y pide ayuda cuando no llega. Además, dice las cosas claras y a la cara, y es de fiar. Sabe exigir y sabe ceder. Y aún más, sabe trabajar en equipo y quiere a la gente.

Muchos empezaron entonces a asentir, apoyando los argumentos del Búho.

—Y, por si esto fuera poco —añadió el maestro de animales—, su abuelo Alf, burro sabio entre los sabios, le dio durante años una serie de consejos que le pueden ser muy útiles para afrontar esta nueva etapa.

Efectivamente, Nakio guardaba como un tesoro las experiencias que le había transmitido su abuelo Alf. Entre ellas, recordaba perfectamente la historia que le había contado, siendo aún un burrito, sobre su amo Faustino y las alforjas que descubrió con su compra. Debido a ello, procuraba tener siempre en cuenta las posibles *alforjas* con que tenía que cargar en las distintas circunstancias de la vida corriente, es decir, aquellos imprevistos que podían presentarse si uno no los tenía en cuenta.

En eso pensaba el propio Nakio cuando levantó la vista

La asamblea

y se dio cuenta de que todos le miraban. Empezó a sentirse acorralado al ver que la reticencia inicial de la mayoría se iba convirtiendo en entusiasmo hacia la propuesta del Búho. Incluso algunos que estaban sentados en los últimos asientos ya le daban palmadas de felicitación en el lomo. Pensó en levantarse y decir que no aceptaba el encargo, que no se veía capaz, que dimitía antes de empezar... Pero vio los rostros a su alrededor y se dio cuenta de que, por primera vez en varios meses, había en ellos esperanza. Y pensó que debía aceptar. No sólo por ellos, sino también por sus crías.

Viendo que el ambiente era propicio, y para confirmar colectivamente su decisión, el Búho exclamó:

—El que esté de acuerdo que levante la pata o el ala.

Un aullido y una explosión general de júbilo resonaron en el Establo Central cuando todos los asistentes, excepto el Toro y alguno más, alzaron sus pezuñas, garras y alas.

—Perfecto —dijo el Búho cuando la tranquilidad volvió a la sala—. Queda por tanto decidido por mayoría absoluta.

Nakio fue levantado en lomo por el Buey y llevado hasta el estrado, donde fue depositado junto al Búho. Una vez allí, los animales aplaudieron; algo aturdido y sobrepasado por la responsabilidad que se le venía encima, se limitó a saludar con una pezuña. La Lechuza se dirigió entonces al Búho:

—¿Y quién más has pensado que esté en el Consejo Animal? —preguntó, esperando obviamente ser una de las elegidas.—La decisión depende de él—contestó el maestro—. Necesita un equipo para trabajar y dirigir Animal Factory, pero lo mejor es que él escoja a aquellos que crea más capaces y con los que se entienda mejor. Un equipo no implica sólo que sean buenos animales, sino que estén bien coordinados. Por eso lo tiene que decidir él.

Como Nakio no decía nada, los animales empezaron a corear su nombre. Animados y divertidos le gritaron: «¡Que hable, que hable...!» El burro se dio cuenta de que si tenía que mandar necesitaba autoridad, así que no tenía más remedio que tomar la palabra y decir algo (es decir, coger el toro por los cuernos).

—Queridos animales —dijo de pronto investido de cierta solemnidad—, agradezco la muestra de confianza que habéis tenido conmigo y procuraré no defraudaros. Pero no me preguntéis qué voy a hacer yo por Animal Factory: ¡preguntaos qué podéis hacer vosotros por Animal Factory!

Júbilo, aplausos, risas. Un nuevo amanecer les iluminaba.

—Lo único que puedo prometer, y prometo, es que trabajaré duro y me rodearé de un equipo que permita que antes de que acabe esta década seamos capaces de gobernar Animal Factory igual o mejor que los humanos, e incluso conseguiremos que nuestro negocio sea un referente del sector bursátil.

La mayoría puso cara de póquer al escuchar esta última frase, aunque a todos les sonó muy interesante.

—¡He tenido un sueño! —continuó Nakio, enzarzado y metido ya hasta las orejas en su nuevo papel—. He visto cómo animales de todas las especies convivíamos pacíficamente y éramos capaces de respetarnos y querernos, independientemente del color y del pelaje, en un mundo mejor, donde todos los animales seremos iguales.

Y todos estallaron en un gran aplauso y subieron a la tarima a felicitarlo.